

ofensa para el rechazado si el elegido fuera siempre el mejor! La hija de Richelieu debe ser algo benigna para no parecer demasiado insolente. La salva tener fantasías. Su injusticia prueba su inocencia; y porque la reconocemos caprichosa, puede rechazarnos sin ofendernos. A veces es tan ventajoso para ella equivocarse, que me siento dispuesto á creer que lo hace á propósito, á pesar de las apariencias. Tiene rasgos admirables para calmar el amor propio de los candidatos á quienes rechaza. Alguna de sus elecciones desarma la envidia. En sus faltas aparentes debemos admirar su mucha sabiduría.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIV

LOS INSURRECTOS

Aquel día, habiendo hecho mi buen maestro y yo nuestra visita acostumbrada á la *Imagen de Santa Catalina*, hallamos en la tienda al célebre señor Rockstrong subido en lo más alto de la escalera para descubrir unos libros viejos que le interesaban. Porque es sabido que en su vida agitada complaciase reuniendo libros preciosos y hermosas estampas.

Condenado por el Parlamento de Inglaterra á cadena perpetua, por haber tomado parte en el atentado de Monmouth, vivía en Francia, desde donde enviaba continuamente artículos á los periódicos de su país. Mi buen maestro, siguiendo su costumbre, se sentó en un taburete y luego, alzando los ojos á la escalera donde el señor Rockstrong se desenvolvía con esa agilidad propia de las ardillas, que conservó hasta muy avanzada edad, dijo:

—Veo, señor insurrecto, que, á Dios gracias, estáis bueno y os mantenéis constantemente joven.

El señor Rockstrong volvió hacia mi buen maestro unos ojos encendidos que iluminaban su rostro bilioso.

—¿Por qué me llamáis insurrecto, señor abate?—preguntó.

—Os llamo insurrecto, señor Rockstrong, porque habéis fracasado. Los insurrectos son los vencidos. Los victoriosos no son nunca insurrectos.

—Abate, habláis con un cinismo asqueroso.

—Cuidado con lo que decís, señor Rockstrong; esa máxima no es mía, sino de un gran hombre; la he leído en los papeles de Julio César Scalligero.

—Pues bien, señor abate, los papeles que tal dicen, son indecorosos. Esa frase es infame. Nuestro fracaso, debido á la indecisión de nuestro jefe y á una debilidad que le costó la vida, no altera la justicia de nuestra causa. Y los hombres honrados, aunque vencidos por los villanos, son siempre honrados.

—Señor Rockstrong, me indigna oiros hablar de gentes honradas y de villanos tratándose de

asuntos públicos. Esos conceptos sencillos eran propios para designar el partido bueno ó el malo en los combates de ángeles sostenidos en el Cielo antes de la creación del mundo, y que vuestro compatriota Juan Milton ha cantado con excesiva barbarie. Pero sobre nuestro globo terráqueo los campos no están nunca divididos con bastante exactitud para que se pueda distinguir sin apasionamiento ó indulgencia el ejército de los puros ó el de los impuros, ni siquiera la parte del justo de la parte del injusto. De modo que sólo el éxito puede ser juez de la bondad de una causa. Os ofende, señor Rockstrong, oírme decir que los insurrectos son los vencidos, y, sin embargo, cuando subísteis al poder, no transigísteis con la rebeldía.

—Abate, no sabéis lo que decís. Siempre me apresuré á contarme entre los vencidos.

—Es cierto, señor Rockstrong, que sois un enemigo constante y natural del Estado. Os sostiene en vuestra enemistad la fuerza de vuestro talento, que se complace con las ruinas y goza destruyendo.

—¿Me lo reprocháis, abate?

—Señor Rockstrong, si yo fuese un hombre de Estado y amigo del príncipe, semejante al señor

Román, os tendría por un criminal ilustre; pero no profeso con bastante fervor la religión de los políticos para que me aterre el esplendor de vuestros delitos y de vuestros atentados, que son más ruidosos que perjudiciales.

—Abate, sois un ser inmoral.

—No me lo reprochéis con demasiada severidad, señor Rockstrong, puesto que sólo á ese precio se puede ser indulgente.

—De nada me sirve, mi buen abate, la indulgencia que compartís entre mí, que soy una víctima y los malvados del Parlamento que me han condenado con una injusticia irritante.

—Es agradable, señor Rockstrong, oiros hablar de la injusticia de los lores.

—¿No es temida?

—Es cierto, señor Rockstrong, que os condenaron por una denuncia ridícula del lord canciller, contra una colección de libelos, ninguno de los cuales era punible con arreglo á las leyes de Inglaterra; es cierto que en un país donde está permitido escribirlo todo, fuisteis condenado por algunos escritos chispeantes; es cierto que os atropellaron de un modo inusitado y extraño, cuya majestuosa hipocresía disimulaba mal la imposibilidad de atacaros por medios legales; es cierto

que los milores que os juzgaron tenían interés en perderos, puesto que el triunfo de Monmouth y el vuestro les hubiera arrojado infaliblemente de los sillones que ocupan; es cierto que vuestra pérdida estaba decidida de antemano en los Consejos de la Corona; es cierto que huyendo os librateis de un martirio, sin duda vulgar, pero penoso. Pues el encarcelamiento perpetuo es un castigo, aunque se tenga la esperanza fundada de verse libre pronto. Pero en eso no hay ni justicia ni injusticia. Os condenaron por la razón de Estado, que es muy honrosa. Y más de veinte lores de los que os condenaron habían conspirado con vos veinte años antes. Vuestro crimen consistió en asustar á los políticos, y ese es un crimen imperdonable. Los ministros y sus amigos invocan el interés del Estado cuando peligrá su fortuna y sus empleos. Se creen precisos para la conservación del imperio, porque en su mayor número son interesados y no carecen de filosofía; pero no basta eso para crearlos malvados; son hombres, y es lo bastante para que nos expliquemos su lamentable vulgaridad, su estupidez y su avaricia. ¿Pero á quién poníais frente á ellos, señor Rockstrong? A otros hombres igualmente vulgares y más codiciosos aún, puesto que estaban hambrientos. El pueblo

de Londres los hubiera soportado como soporta á los demás. Esperaba vuestra derrota ó vuestra victoria para decidirse por unos ó por otros, en lo que dió pruebas de gran sabiduría. El pueblo juzga bien al estimar que no gana ni pierde cuando cambia de dueño.

Así habló el abate Coignard, y el señor Rockstrong, acalorado, con los ojos echando chispas y la peluca llameante, le gritó haciendo extremados gestos desde lo alto de la escalera.

—Abate: concibo á los bandidos y á toda especie de bribones de la Cancillería y del Parlamento. Pero lo que no concibo es que vos, sin un interés aparente y por pura maldad, sostengáis máximas que ellos sólo profesan para explotarlas. Es preciso que seáis más perverso que ellos, puesto que lo sois sin lucro. ¡Me exasperáis, abate!

—Señal de que soy filósofo—respondió suavemente mi buen maestro—. Es propio de los sabios desagradar al resto de los hombres. Anaxágoras nos ofrece un ilustre ejemplo. No hablo de Sócrates, que sólo era un sofista. Pero vemos que en todas las épocas y en todas partes, el pensamiento de las almas meditadoras fué un motivo de escándalo. Os creéis, señor Rockstrong, distinto de vuestros enemigos, y tan agradable como ellos odiosos.

Permitidme deciros que todo eso es consecuencia de vuestro orgullo y de vuestra arrogancia yalerosa. En realidad, compartís con los que os han condenado todas las debilidades y todas las pasiones humanas. Si sois más probo que muchos de ellos y tenéis un espíritu de vivacidad incomparable, os inspira un genio de odio y de discordia que os hace temible en un país muy disciplinado. El oficio de gacetillero, en el que sois maestro, ha llevado hasta la perfección la parcialidad maravillosa de vuestro espíritu, y siendo víctima de la injusticia no sois un justo. Lo que acabo de decir me indispone á un tiempo con vos y con vuestros enemigos, y estoy seguro de no alcanzar nunca del administrador de los beneficios eclesiásticos ninguno que valga la pena. Pero doy más importancia á la libertad del pensamiento que á una buena abadía ó á un priorato. Habré disgustado á todo el mundo, pero habré satisfecho mi corazón y moriré tranquilo.

—Abate—replicó el señor Rockstrong, casi riendo—, os perdono porque creo que estáis algo loco. No diferenciáis á los bribones de las gentes honradas, y no preferís un Estado libre á un Gobierno despótico y prevaricador. Sois lunático de una especie particular.

—Señor Rockstrong—dijo mi buen maestro—, vamos á beber un jarro de vino á *El Joven Baco* y allí os explicaré, vaciando mi vaso, por qué soy indiferente á la forma de Gobierno y por qué razón no me preocupa cambiar de señor.

—Con mucho gusto—dijo el señor Rockstrong—tengo deseos de brindar con un razonador como vos.

Y saltando al suelo desde lo alto de la escalera se encaminó con nosotros á la taberna.

XV

LOS GOLPES DE ESTADO

El señor Rockstrong, que era un hombre de talento, no guardó rencor á mi buen maestro por su sinceridad. Cuando el dueño de *El Joven Baco* hubo servido un buen jarro de vino, el libelista levantó el vaso brindando por el señor abate Coignard, á quien llamó con aspecto jovial bribón, amigo de los bandidos, sostén de la tiranía y de la vieja canalla.

Mi buen maestro le devolvió la galantería con gusto felicitándole por beber á la salud de un hombre cuyo humor natural no había sido alterado nunca por la filosofía.

—Comprendo—añadió—que he desgastado mucho mi espíritu con la reflexión. Y como no es propio de la naturaleza humana pensar con alguna serenidad, confieso que mi inclinación á meditar es una manía extraña y muy incómoda. Primeramente, me incapacita para toda empresa,